

Stiglitz, Joseph E. (2002). *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus-Santillana Ediciones Generales, S.L. (Traducción de Carlos Rodríguez Braun).

Las protestas contra la globalización comenzaron en la reunión de la OMC en Seattle [finales de 1999, R.M.] porque era el símbolo más obvio de las desigualdades globales y de la hipocresía de los países industrializados más avanzados. Habían predicado —y forzado— la apertura de los mercados en los países subdesarrollados para sus productos industriales, pero seguían con sus mercados cerrados ante los productos de los países en desarrollo, como los textiles y la agricultura. Predicaron a los países en desarrollo para que no subsidiaran a sus industrias, pero ellos siguieron derramando miles de millones en subsidios a los agricultores, haciendo imposible que los países en desarrollo pudieran competir. Predicaron las virtudes de los mercados competitivos, pero EE UU se apresuró a propiciar cárteles globales en el acero y el aluminio cuando sus industrias locales fueron amenazadas por las importaciones. Estados Unidos recomendó la liberalización de los servicios financieros, pero rechazó la liberalización de los sectores donde los países subdesarrollados tienen fuerza, como la construcción y los servicios marítimos. Como hemos apuntado, la agenda comercial ha sido tan injusta que no sólo los países pobres no han recibido una cuota equitativa de los beneficios sino que la región más pobre del mundo, el África subsahariana, de hecho empeoró como resultado de la última ronda de las negociaciones comerciales (*Ibid.*: 305).

En el mundo entero crece la conciencia acerca de las fallas del actual orden económico internacional. A las expresiones generales de repudio al tratamiento desigual de los países menos desarrollados —especialmente, de aquellos más pequeños y pobres— por los centros mundiales del poder político y económico, se ha sumado este año el libro (más bien, la denuncia) que reseñaremos, cuyo autor es el académico Joseph E. Stiglitz, profesor, durante muchos años, de algunas de las instituciones universitarias más prestigiosas del mundo, tales como MIT, Yale, Stanford y, actualmente, enseña en la Universidad de Columbia. Miembro del Consejo de Asesores Económicos durante el gobierno de Clinton y economista jefe y vicepresidente Senior del Banco Mundial entre 1997 y 2000, Stiglitz ha mantenido durante los últimos años una posición crítica frente a las políticas de estabilización y reestructuración económica promovidas por las agencias internacionales, principalmente, por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco Mundial, aunque ha sido severo particularmente con los programas promovidos por la primera de estas instituciones.

En gran parte, esta oposición a las políticas (neo)clásicas de reestructuración económica se presenta como una oposición a la globalización, en la acepción económica más estrecha de ésta, correspondiente con la acepción “ortodoxa” dominante al interior de las principales corporaciones multilaterales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Organización Mundial de Comercio).

Al menos desde los años ochenta, se reimpuso al interior de estos organismos y en sectores políticos del poder mundial (los gobiernos de los Estados Unidos y el Reino Unido) una corriente “ortodoxa” del pensamiento económico, que provocó una “purga” (Stiglitz *dixit*) al interior de estas organizaciones, predominando desde entonces una concepción ideológica conservadora conocida como “Consenso de Washington”, exageradamente optimista acerca de las posibilidades de los mercados y crítica acérrima de la intervención pública estatal en el mismo “...una visión que no es universalmente aceptada en los países desarrollados, pero que es impuesta en los países subdesarrollados y las economías de transición” (Stiglitz, 2002:281).

...El FMI y el Banco Mundial se convirtieron en nuevas instituciones misioneras, a través de las cuales esas ideas fueron impuestas sobre los reticentes países pobres que necesitaban con urgencia sus préstamos y subvenciones... (*Ibid.*: 37-38).

Estas organizaciones —el FMI, el Banco Mundial y la OMC— abandonaron sus objetivos y fines originales de promoción del desarrollo y la estabilidad económica internacionales, y comenzaron a promover al interior de los países subdesarrollados que enfrentaban crisis de endeudamiento, una agenda de políticas económicas de tipo contractivo (aquellas que promueven la generación de un ahorro interno a través de la reducción de la demanda agregada, a consecuencia de la contracción de la producción y renta nacionales) que favorecía especialmente los intereses corporativos de los acreedores de éstos y el servicio de su deuda externa.

... Analizar el FMI *como si* estuviera defendiendo los intereses de la comunidad financiera es una manera de dar sentido a lo que en otro caso serían comportamientos contradictorios e intelectualmente incoherentes (*Ibid.*: 261).

Un motivo que refuerza la hipótesis asociada con esta explicación es que:

...buena parte de su personal clave provenía de la comunidad financiera, y muchos de ellos, *tras servir con diligencia a dichos intereses*, retornaba después a ocupar cargos bien pagados en la comunidad financiera. Stan Fischer, subdirector ejecutivo durante los episodios descritos en este libro, pasó directamente del FMI a ser vicepresidente en el Citigroup, el gran conglomerado financiero que incluye al Citibank... (*Ibid.*: 261. Las cursivas son mías).

Las políticas promovidas por estos agentes se orientaron principalmente a la liberalización (eliminación de regulaciones y restricciones estatales) de los mercados, tanto los financieros (lo que indujo a un aumento en las tasas de interés internas y acentuó los factores generadores de recesión e inestabilidad económica mundial), como los de bienes y servicios (debilitando la economía nacional y el empleo), así como favorecieron la privatización de activos en manos del Estado

(la principal objeción a esta medida es la corrupción que significó la liquidación de las propiedades estatales por debajo de su precio real).

Luego de veinte años de imposición —a sangre y fuego— de estas “recetas” al mundo, eufemísticamente en desarrollo y a, como gustan denominar ahora a los antiguos países socialistas, las naciones en “transición”, estos países se encuentran en peor situación que la inicial.

...Rusia se ha quedado muy corta con respecto a lo que los partidarios de la economía de mercado habían prometido, o esperado. Para la mayoría de los que viven en la antigua Unión Soviética, la vida económica bajo el capitalismo ha sido incluso peor que lo advertido por los viejos líderes comunistas... (*ibid.*: 174).

Las crisis económicas que se suceden en toda una serie de países y regiones, tales como las más recientes: Tailandia, Indonesia, Corea, Rusia, México, Brasil y Argentina, así como la prolongación y profundidad de las mismas —sólo superadas, según señala Stiglitz, por la “Gran Depresión” de los años treinta— han estimulado una corriente de críticas frente al modelo de políticas impulsado por estas agencias internacionales, el cual es visto, a sí mismo, como un factor generador de la crisis e inestabilidad mundial.

...Lo peor es que muchos de los fracasos fueron pronosticados por expertos y observadores independientes, a los que no se hizo caso (*ibid.*: 237).

La implantación de los programas impuestos por estas agencias internacionales, son evaluados muy negativamente en este libro, en resumen, por las siguientes razones: i) responden a una visión ideológica y parcializada —por tanto, esencialmente falsa— sobre las causas de los problemas económicos en países y regiones de menor nivel de desarrollo relativo; ii) la ayuda financiera que acompaña a la implantación de estos programas está sujeta a la imposición de condiciones que exceden, algunas veces, el alcance de los problemas que motivaron la solicitud de ayuda, pero que siempre implican la renuncia, por parte de la nación “beneficiaria”, al ejercicio de la soberanía y el derecho de esos pueblos a “autogobernarse”; iii) introducen factores de disgregación social y desestabilización política al desestimar los costos de esta índole, asociados con la implantación de tales programas; iv) agravan los problemas económicos de estos países en términos de desempleo y quiebra de empresas, en particular, el sector de pequeñas y medianas empresas que desaparecen víctimas de la apertura comercial, endeudamiento, inflación, así como elevan el grado de exposición y contagio de estos países a los *shocks* externos; v) y, en especial, destaca los problemas de diseño de las políticas y programas (principalmente relacionadas con el diagnóstico equivocado y el orden y secuencia general de las medidas), y de organización de la toma de decisiones al interior de las agencias internacionales, especialmente el control excesivo y extemporáneo de los factores de poder en los Estados Unidos y Europa sobre las decisiones de estas agencias que terminan afectando fundamentalmente a los países de menor desarrollo o más pobres. También, se men-

ciona la escasa transparencia de los mecanismos internos de toma de decisiones, la falta de responsabilidad de estas agencias con respecto a los sectores más afectados y la colonización de estas agencias por factores poderosos de índole política y económica procedentes de los países con control sobre la toma de decisiones.

Una crítica hecha por Stiglitz a los programas de las agencias multilaterales que merece especial mención es la referencia que hace a la conveniencia de incluir en ellos, propósitos de transformación social “...El desarrollo abarca no sólo recursos y capital sino una transformación de la sociedad...” (*Ibid.*: 302); en particular, destacan las recomendaciones a favor de la *reforma agraria y la afectación de la estructura de propiedad de la tierra* en los países pobres:

...Pero la reforma agraria comporta un cambio fundamental en la estructura de la sociedad, *no necesariamente de agrado de la élite que puebla los ministerios de Hacienda, con la cual interactúan las instituciones financieras internacionales*. Si dichas entidades estuvieran realmente preocupadas del crecimiento y alivio de la pobreza, prestarían mucha atención a este asunto; la reforma agraria precedió varios de los casos de desarrollo con éxito, como los de Corea y Taiwan (*Ibid.*: 112. Las cursivas son mías).

Respaldo a favor de esta afirmación la encontramos en la evaluación del fracaso de los rescates hechos por el FMI al gobierno de Yeltzin. En 1998, los vínculos del gobierno de Rusia con pequeños sectores privilegiados y su corrupción fue omitido por el FMI, dado el interés de sectores de Estados Unidos de mantener en el poder a Yeltzin y evitar un retorno al comunismo en la región. El resultado de estas “sociedades” fue el fracaso del plan de rescate de la economía rusa, el dinero de los préstamos fluyó de nuevo, en semanas, al extranjero en las cuentas privadas de los nuevos “oligarcas” y la mafia rusos, los activos y empresas del Estado fueron vendidos por debajo de su valor real y el dinero dilapidado por la corrupción. Al final, la sociedad se encontraba más endeudada y empobrecida que al principio. En palabras de Stiglitz: “...En 1989 apenas el 2 por ciento de los rusos estaba en la pobreza. A finales de 1998 ese porcentaje había trepado hasta el 23,8 por ciento, según el estándar de dos dólares diarios...” (*Ibid.*: 196); en su opinión, a otros países excomunistas les ha ido igual de mal o peor.

El sorprendentemente bajo desempeño de los programas del FMI y la persistencia en los errores, han inducido –en algunas personas– la opinión de que estos mecanismos no son tan inocentes. Stiglitz se expresa en contra de estas opiniones, pero incluso, de la lectura de su trabajo, se desprenden argumentos como para no desestimar la existencia de *algún componente* de concierto entre grupos de interés:

Pero en Asia abundan otras teorías, incluida una teoría de la conspiración, que no comparto, que concibe las políticas, bien como un intento deliberado de debilitar el Este asiático...o al menos de expandir los ingresos en Wall Street u otros centros monetarios... (*Ibid.*: 168).

Muchas personas en Rusia (y otros lugares) creen que las políticas fracasadas no fueron meramente accidentales: los fracasos fueron deliberados intentos de destripar Rusia, de eliminarla como amenaza hasta un indefinido futuro... (*Ibid.*: 219).

Aunque Stiglitz no comparte estas opiniones, reconoce que las políticas “no fueron totalmente, altruistas”, así como que la adopción de las mismas ha sido presionada, al menos, en unos casos, por intereses comerciales y financieros de los países industrializados y, además, que los gobiernos de estos países han actuado en algunos casos como agentes de estos intereses corporativos; lo que le ha llevado a Stiglitz a reconocer, esa máxima del capitalismo en todas sus épocas, *la forma de prosperar en el mercado es acudir al gobierno* (ver caps. 4-6), frase que revela la hipocresía de las posiciones dogmáticas en contra de la intervención pública en el mercado.

Por otra parte, en el trabajo de Stiglitz subyace la denuncia al carácter hegemónico o unilateral del tipo de globalización económica que el FMI, el Banco Mundial y la OMC, entre otros, han contribuido a imponer, aun en contra de la posición de otros “bancos regionales, hermanos pequeños del Banco Mundial, y numerosas organizaciones de la ONU, como el Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo, o la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (Unctad)”. Por ejemplo, “...el Banco de Desarrollo de Asia aboga por un *“pluralismo competitivo”* que brinde a los países en desarrollo enfoques alternativos sobre estrategias de desarrollo, incluyendo el “modelo asiático” —en el cual los Estados se apoyan en los mercados pero *cumplen un papel activo* en crear, modelar y guiar los mercados, incluyendo la promoción de nuevas tecnologías, y donde las empresas asumen una considerable responsabilidad en el bienestar social de sus empleados—, que dicho Banco califica de claramente distinto del modelo norteamericano propiciado por las instituciones de Washington” (*Ibid.*: 35. Las cursivas son mías).

La crítica abrumadora de los hechos y de los pueblos plantea la necesidad de generar un nuevo “consenso”, al cual Stiglitz busca contribuir con su trabajo, pero el radicalismo del diagnóstico contrasta con la moderación de sus principales recomendaciones, las cuales, en algunos casos, al menos, consisten más bien en diferencias sobre la secuencia, velocidad y omisiones de las políticas del FMI y en sugerencias de una mayor prudencia en el diseño e implantación de estos programas de ajuste económico. Sin embargo, las recomendaciones más significativas de este trabajo de Stiglitz, en nuestro entender, apuntan a promover una mayor participación y control por parte de los países menos desarrollados sobre las decisiones y programas adoptados por las agencias multilaterales, así como al logro de una mayor transparencia en la información del desempeño de las mismas. Sus propuestas se concretan finalmente en la adopción de una postura ética en las relaciones económicas y políticas internacionales por parte de los sectores poderosos que realice los valores de justicia económica a la que aspiran amplias mayorías de todas las naciones en el mundo.

Con todo ello, pensamos que éste es un gran trabajo que aporta evidencias provenientes del análisis profundo de casos recientes, la comprensión de la crisis económica internacional, así como al conocimiento de las variables que inciden en ella y del papel en la coyuntura de las principales agencias económicas y financieras internacionales. Este trabajo permite también visualizar algunas de las opciones disponibles para que estas agencias y los gobiernos e instituciones de los países del mundo contribuyan a la superación de la actual crisis global. Todo este esfuerzo es digno del Premio Nobel de Economía 2001.

**Rodolfo Magallanes**  
**Docente e investigador del Instituto de Estudios Políticos**  
**Jefe (E) de la Cátedra de Economía de la Escuela**  
**de Estudios Políticos y Administrativos**  
**Universidad Central de Venezuela**